

Vigencia actual en Cuba del pensamiento filosófico, teológico y "existencial cristiano" del Padre Félix Varela

Su escritura papiro tiene inscrito un secreto y un ave. La dulzura muy alta. Todo cierto.

(Fina García Marruz. «Retrato de un joven poeta», 1969, en **Visitaciones**.)

Vuelven a incrementarse las referencias al Padre Félix Varela, alentadas ahora por el ritmo in crescendo de su causa de beatificación y ulterior canonización. Se renueva la pregunta: ¿Se trata solamente de decimos que fue un hombre santo, un sacerdote íntegro, un modelo estimulante de fidelidad en el seguimiento a Jesucristo y en la adhesión leal a Su Iglesia (lo cual ya no sería poco)? ¿O acaso su pensamiento y su personalidad, a los 143 años de su muerte, tienen vigencia en Cuba, dentro y fuera de las fronteras visibles de la Iglesia Católica? ¿Es simplemente un habanero del que podemos sentirnos orgullosos o tiene todavía algo que decimos?

Cuba vive un proceso de cambios económicos y de otros órdenes, aunque estos últimos sean menos visibles y mensurables. En ellos influye el dinamismo propio de la vida individual y comunitaria; la estática es cuestión propia de los laboratorios de física, no de la existencia humana. Influyen, de manera peculiar, propia de nuestra situación (de la anterior y de la actual, en lo que no estimo necesario abundar pues es cuestión conocida por todos los cubanos que se preocupan por tener un nivel medio de información), la crisis mundial de las ideologías con la consecuente alteración en las tradicionales escalas de valores, la desaparición de lo que se dio en llamar «el campo socialista», que puso fin a una concreción del socialismo marxista, reinterpretado por Lenin y que conocimos como «socialismo real» (desaparición que no equivale ni a la sepultura definitiva del socialismo, ni al entierro del marxismo como corriente de pensamiento filosófico-social) y las derivaciones económicas y culturales, en el sentido más exacto y abarcador del término, que estos fenómenos de escala casi planetaria proyectan sobre Cuba. Influye también la vecindad de los Estados Unidos de Norteamérica, país que por el momento ostenta un liderazgo poco compartido en el mundo posterior a la «guerra fría» (que no fue tan fría), en el que residen aproximadamente un millón de cubanos o descendientes de cubanos; país que, desde mucho antes de que existie-

ran Carlos Marx, Lenin y la Unión Soviética, ha mantenido una relación sumamente ambigua con Cuba. La lista de los influjos en los cambios, todavía lentos y zigzagueantes, podría ampliarse, sea con referencias endógenas, sea con exógenas, pero no pretendo ser exhaustivo.

Vivir períodos de cambio, en los que no se ven con claridad ni las metas ni los senderos que nos conducen a ellas; en los que se sabe que la dirección y el ritmo de dichos cambios no dependen de una sola parte, sino que son resultante de diversos factores, no es tarea fácil. Se puede cometer el error de la precipitación irresponsable; el de la lentitud desesperante sea por apego tozudo a una situación anterior, sea por una prudencia tal que, por evitar riesgos de equivocación, cae en el de la pérdida de la oportunidad más propicia; se puede caer en la parálisis abstencionista, con la esperanza de que caiga el maná del cielo; pudiere ocurrir que se menospreciaran las posibilidades de los actores de los cambios o que, por el contrario, se les considerase superhombres capaces de lo imposible, de convertir todas las utopías en realidades concretas. Me parece que entre nosotros, los cubanos, y entre los que sin serlo se ocupan de asuntos cubanos (y por ello se les otorga, con razones o no para ello, el título de «cubanólogos»), podríamos encontrar ejemplos de todas estas actitudes y de algunas más en el hoy que nos ocupa y nos preocupa.

La Iglesia Católica siempre ha vivido en un momento de la historia y en un lugar de la geografía y, con mayor o menor acierto, ha tratado de encarnarse y de inculturarse en el medio cultural determinado por esas coordenadas espacio-temporales. La Iglesia Católica en Cuba no es excepción y los recientes eventos eclesiales, el ENEC de 1986 y el ECO (o ENEC II) en 1995, dan testimonio de ello. Por lo tanto, ella no está exenta del encaramiento de la situación actual de la Nación cubana: los miembros de la Iglesia en Cuba son cubanos, constituyen la porción católica de nuestro pueblo y su condición de católicos no solamente no los exime de vivir esta ambigua y difícil situación de cambios, sino- permítaseme afirmarlo- están obligados a vivirla desde dentro a doble título: por cubanos y por católicos que, en principio, están llamados a ser levadura en la masa. La imagen no es mía; está tomada del Evangelio y puesta en boca de Jesús,

Señor nuestro; Camino, Verdad y Vida; Maestro y Salvador; Dios hecho hombre (encarnado) para salvarnos, para salvar nuestra existencia como personas no desde las nubes del cielo, ni encerrado en una campana de cristal, sino como miembro de la familia humana.

¿En qué sentido es, pues, espejo e imagen valedera el Padre Félix Varela para el conjunto de la sociedad civil y para su praxis Católica en Cuba hoy?

No pidamos al Padre recetas valederas para resolver nuestros problemas. La aplicación mecánica de lo que el Padre hizo y dijo en la primera mitad del siglo XIX traicionaría el «espíritu» del Padre Varela. Nuestra tarea consiste en aprehenderle el «espíritu» para encarar las situaciones actuales, diversas a las que él vivió (aunque descubramos muchas analogías), como las habría encarado él.

Destaco, en primer lugar, la unidad bien lograda de la personalidad del Padre. Separar en él al sacerdote, al maestro y educador, al filósofo, al teólogo, al político y al patriota, puede ser válido como metodología pedagógica, siempre que no perdamos de vista que en él, como en toda persona integrada, todas estas dimensiones están inextricablemente imbricadas la una en la otra y que el centro que les confiere esta integralidad radica en su Fe, en su Esperanza y en su Amor, o sea, en la dimensión teológica de su ser y de su existir. De manera tal, que me atrevo a afirmar que su propia persona es ya una realidad teológica, pues nos ilumina en la comprensión de la concertación difícil de la fidelidad a la Gracia y del ejercicio responsable de la libertad.

Subrayo, en segundo lugar, el dictum de Don José de la Luz y Caballero con referencia al Padre: «Mientras se piense en la isla de Cuba, se pensará en quien primero nos enseñó a pensar» (artículo aparecido en la *Gaceta del Puerto del Príncipe*, 2 de mayo de 1840). Antes que ilustrarnos acerca de las diversas disciplinas de las que se ocupó, se preocupó el Padre en que sus discípulos aprendieran a pensar, con cabeza propia.

Nos enseñó también el Padre -y es mi tercera observación- que en el trabajo intelectual y en todo esfuerzo personal no deberíamos dejarnos arrastrar por las cuestiones inútiles. Ahora bien, no se trataba en él de un utilitarismo de baja estofa, referido exclusivamente a la inmediatez de cuestiones materiales, científicas, políticas, etc. Lo más útil, a sus ojos era la búsqueda de la Verdad y la práctica de la Virtud. Sin ellas, todo proyecto social se convierte en polvo.

Se ha dicho -y con razón, pero quizás sin ajustar el foco de visualización- que revolucionó la enseñanza en Cuba y que «barró» con la escolástica para colocar en su lugar el conocimiento experimental y el pensamiento contemporáneo. Mi cuarto señalamiento es que reaccionó contra la escolástica decadente de la época, que fue un hijo de la Ilustración, pero de la Ilustración católica (no fue el único, ni en América, ni en Europa). Sustituyó el método del «magister dixit» por una especie de mayéutica socrática que incorporaba al alumno activamente en el proceso de aprendizaje; introdujo la experimentación científica en la enseñanza de la física, de la química y de las ciencias naturales; se distanció de la Lógica aristotélica sin abandonarla totalmente e intentó un cierto sincretismo con las teorías empíricas de la época (como las de Condillac y Destutt de Tracy); no cultivó la Ontología por encontrar que la que conoció, sistematizada, esta-

ba enferma de especulaciones carentes de utilidad para el acercamiento a lo verdadero, lo bueno y lo bello; coincide raigalmente con los estudios tradicionales escolástico-tomistas de Ética, Psicología Racional y Teodicea; en materia teológica -Dogmática y Moral- es indiscutiblemente tradicional, con la peculiaridad de que muestra un manejo de las fuentes bíblicas, patristicas y de lo mejor de las fuentes de la Teología Escolástica (sobre todo de Santo Tomás y de Suárez) poco frecuente en su época, muy distante aún de las sabias intervenciones de S.S. León XIII; fue un polemista de altura con los «protestantes» en los Estados Unidos, que eran entonces muy agresivos (de palabra y de obra) para con la nascente Iglesia Católica en aquel país, pero su polémica siempre estuvo tocada por un espíritu de diálogo, extensivo a todas las formas de conflictividad personal y social; en un solo punto le descubrió la renuncia al diálogo: cuando al postular la independencia de Cuba, afirma la guerra como única solución; vio mucho antes que los reformistas y los autonomistas que por esas vías todo intento de mejoramiento de la situación de Cuba resultaría frustrado. Su estancia en España lo ayudó a ello. Pero esa postura, o sea, la guerra como último recurso, así como el transido como último recurso, eran posiciones que pertenecían precisamente a las corrientes más tradicionales del pensamiento político católico; hay que esperar a épocas muy recientes para que se extienda cada vez más la convicción de que la violencia puede resolver problemas inmediatos, pero que a mediano y largo plazos genera otros de más difícil solución. Al menos, en la mayoría de los casos. Como hijo de la Ilustración, fue un demócrata y para posibilitar una sociedad efectivamente democrática en nuestro país, que -como la independencia de España- contemplaba como realidades a muy largo plazo, se dio a la tarea de «educar» con *El Habanero*, las *Cartas a Elpidio*, la traducción al castellano del *Manual de práctica parlamentaria para el uso del Senado de los Estados Unidos*, de Thomas Jefferson, la correspondencia abundante con sus amigos y antiguos discípulos de La Habana, etc.

Renovador, sí, pero asentado muy firmemente en lo que podríamos calificar de Tradición perenne de la Iglesia Católica. No fue un francotirador nuestro Padre. Podemos calificar su pensamiento de ecléctico si le conferimos este calibre.

Mi último y quinto señalamiento en esta reflexión, que se que no agota el tema, es que el Padre Varela no solía paralizarse cuando lo que consideraba metas óptimas resultaban inalcanzables. Se entregaba entonces, en cuerpo y alma, a todo lo bueno posible ya que lo óptimo imposible se le escapaba. Y esta actitud existencial, muy evangélica, la podemos constatar en todas las dimensiones de su azarosa existencia ejemplar. La llevó hasta grados de generosidad que no dudo en calificar de heroica; calificativo que no suelo prodigar.

¡Bienaventurado el pueblo que tiene como piedra fundacional y referencia reiterada semejante hombre, generador de la estirpe de José Martí y, como él, congregante y catalizador de nuestra subcontinental! Responsable es este pueblo de conservar dinámicamente semejante tesoro, pozo inagotable de aguas fecundantes. Ω

Nota. Este artículo es el resumen de un ensayo inédito.

La Habana, 18 de marzo de 1996.